

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1908

NÚMERO 38



MORITO

Morito» nació en una cuadra con otros varios hermanitos. Por fortuna ó por desgracia, nació completamente negro; ya sabréis que un gatito negro dicen que *porte bonheur*. Yo no lo creo; pero Isabelita lo creía como artículo de fe, por lo que, loca de contento, hizo subir al minino á sus habitaciones, imponiéndole el nombre que encabeza estas líneas y adornando su cuello con un gran lazo celeste.

Al principio era deliciosa su vida. Dormía en un cestito, sobre un colchón de plumas y cubierto con una manta; tomaba leche con galletas varias veces al día, y su ama le colmaba de caricias. Lo único que le molestaba era la *toilette*; pero le faltaba valor para resistirse á la voluntad de Isabelita, porque mientras le fastidiaba lavándole la cara y perfumándole, le decía mil frases cariñosas y él juzgaba indigno corresponder á su afecto con un arañazo.

Los días se sucedían sin que la monótona vida del gato sufriese la menor variación, y él se sentía feliz sin sospechar que en el mundo existiese algo más que una hermosa casa con muy cómodas butacas y una niña encantadora dedicada á cuidarle. Pero como en la raza felina también hay revolucionarios que se empeñan en sublevar á los pacíficos, en la casa contigua vivía un gato rubio y blanco que, con dulces maullidos, hizo comprender á *Morito* los encantos de los paseos por los tejados á la luz de la luna, y las delicias de la vida bohemia.

Tan persuasivas debieron ser las razones del gato callejero, que vencieron las vacilaciones de *Morito*, y el muy pícaro, aprovechando un momento en que los criados ayudaban á bajar los equipajes de los señores, se escapó sin pensar en la pena que iba á tener Isabelita. La niña había ella misma preparado un cesto con un almohadón en el fondo para que él hiciese el viaje con toda comodidad. Cuando llegó el momento de marcharse, sin haber podido encontrarle, la pequeña rompió á llorar amargamente pensando que se lo habrían robado los mozos y que lo matarían ó se moriría de tristeza. No se le ocurrió que el ingrato se había ido voluntariamente. Así sucede siempre: los buenos creen á los malos víctimas de cualquiera, y los malos se ríen de la inocencia de los buenos. Isabelita suplicaba á su madre que detuviese el viaje hasta que pareciese el gato, pero como eso no podía ser, la consolaron prometiéndola que Juan el cochero le buscaría y se lo llevaría á Vigo en el cesto que ella había preparado. Mientras tenía lugar esta escena, *Morito* corría y saltaba como un loco por los tejados, gozando lo increíble de su libertad, sin echar de menos el plato de leche con galletas ni su blanda cama.

Sólo una cosa le mortificaba: el lazo que Isabel le ponía al cuello y que era la causa de que los demás gatos se burlaran de él; pero por más esfuerzos que hizo no consiguió quitárselo y tuvo que resignarse y sufrir con paciencia las bromitas de sus nuevos amigos. Al principio todo iba bien; se divertía muchísimo, comía lo que robaban los otros, y como lo desconocido siempre tiene atractivos, se consideraba feliz, hasta que un día que, creyéndose apto para hacer lo que sus compañeros, se aventuró á entrar en un sotabanco para coger un poco de bacalao que la dueña de la vivienda acababa de colocar en un plato sobre la mesa. Con la mayor ligereza saltó por la ventana y con mucha monería sacó con la pata un pedacito del sabroso bacalao, lo olió repetidas veces, y después de unos segundos de vacilación, decidió comerse allí, porque era difícil volver al tejado con su delicioso festín y

quizá al saltar se le cayese; pero no contó con que la buena mujer podía volver antes de que él acabase su almuerzo y se encontró sorprendido con un escobazo que le atontó y, por de prisa que quiso marcharse, no pudo evitar otra segunda caricia de la escoba que le hizo perder el equilibrio y, rodando por el tejado, ir á parar á la calle, justamente á la puerta de la cochera de sus amos. El cochero le reconoció por el lazo y le cogió, prodigándole los mayores cuidados.

Como los gatos dicen que tienen siete vidas, á los dos ó tres días estaba tan bueno como si nada le hubiese ocurrido y dispuesto á empezar de nuevo su vida bohemia; pero como el cochero tenía orden de mandarlo á Vigo en cuanto pareciese, lo metió en el cesto que estaba preparado para él y se lo entregó al ambulante de Correos que se había ofrecido á llevarlo. El viaje fué muy malo para *Morito*, porque aunque le dieron algo de comer, nadie pensó en darle agua; así es, que el pobre animal sufrió horriblemente.

Conclurá.





CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXXIV

Ya me he enterado de por qué vienen á casa los muchachos de que he hablado otros días. Es que mis hermanas se van á casar con ellos. Con eso estamos en casa atareadísimas, y yo estoy ayudando mucho. Es una risa ver el cuarto de costura; nos sentamos mamá, una costurera, mis hermanas, la *miss*, la doncella y yo... y todas cosemos y cosemos mucho rato; y la verdad es que estamos terminando ropa preciosísima; mis hermanas dicen que se llama *trousseau*. ¡Eche usted encajes, y bordados, y cintas, y lazos, y aplicaciones, y... la mar! Aún no sé cuándo se casarán; pero ya avisaré á ustedes.

Con este motivo me estoy enterando de muchas cosas que no sabía. Otra novedad hay en casa, y es que el niño pequeño lleva ya pantalones y está muy gracioso, porque no sabe andar con ellos, y lleva las piernecitas así... ¡qué sé yo cómo! El ama seca se ríe, y le dice:

—Una pata tengo aquí
y otra tengo en el tejado...

Y á él le da mucha rabia, y patalea y todo. Ahora veo yo lo feo que es ser así de rabioso; el nene se pone feísimo, y á todos nos da gana de hacerle burla, como les pasaba antes conmigo.

Ya aprendo inglés. ¡Jesús, qué difícilísimo es!

La he dicho á la *miss* que tengo ya la cabeza llenita de cosas y que no me cabe más; para el inglés no hay sitio.

Luisito me preguntó un día que si me gustaba el inglés.

—No sé, chico—le contesté.

—Es precioso—dijo.—A mí me gustan mucho 'os idiomas, y los aprendo muy de prisa.

—Porque tendrás la cabeza más grande que yo, y te cogerán más cosas dentro.

—¡Quía, Piluca! Lo que es mayor es mi voluntad para aprender; y ¿sabes en qué consiste eso?

—¿En qué?

—Pues en que tú has sido siempre una niña mimada, y no te ha faltado ninguna cosa ni has sufrido hambre. ¡Si supieras cómo esos días de atroz miseria y de penas grandes que sufrí con mi pobre mamá me hicieron pensar en que hay que ser *hombre de provecho* para ganar mucho! Y eso sólo se consigue estudiando y trabajando de firme, Piluca. ¡No hay maestro más eficaz que el hambre!

—¡Anda! ¿Y si yo hubiese tenido hambre, me cogería en la cabeza el inglés?

—¡Ya lo creo!

—Entonces ya sé en lo que consiste el que á mí me cueste trabajillo aprender las lecciones. Como soy tan comilona y me gusta tanto guisar, están los sesos llenos de comidas, y, ¡claro!, ¿cómo van á tener sitio los verbos y las *declinaciones* y todas esas cosas?

—Oye, Piluca—dijo Luisito.—Yo voy muy bien, y con las primeras notas en los estudios *serios*. ¿Cómo vas tú en guisados *serios* también?

—Chico, la mar de bien. He aprendido muchos; uno, atroz de elegante. Figúrate: *fricassé de pollos*. Mira, te lo explicaré.

Se cortan los pollos en pedazos; hay que aprender á *trincharlos*, no creas que es tan fácil. Se dejan un rato en agua clara que tenga un par de cucharadas de vinagre. Se sacan, se escurren y se echan en una cazuela con manteca de cerdo, sal, pimienta, setas y los menudillos de los mismos pollos, cortados en pedacitos pequeños; se da á todo tres ó cuatro vueltas para que se rehogue bien, y en seguida se echa una taza de caldo desengrasado, dejándolo cocer á fuego vivo por espacio de una hora. Veinte minutos antes de que acabe de cocer, se echan unas cuantas cebollas. Cuando ya están tiernos, se colocan los trozos en una fuente; á la salsa se le añaden dos yemas de huevo y el zumo de un limón, y se vierte sobre el pollo, cuidando de que queden encima de todo, muy bien colocaditas, las setas y las cebollas. Están los pollos así riquísimos, Luisito, y no dirás que no son *serios*; ya ves... *fricassé... fricassé... ¡si casi hablan francés!*

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





ESPEJO DE LUNA AZOGADA

Ret. R. Giluñes

EL AZOGUE

El azogue, cuyo nombre científico es *mercurio*, es un metal que está líquido á la temperatura ordinaria, constituyendo así una excepción entre todos los demás metales, que para encontrarse en ese estado hay que someterlos á muy elevadas temperaturas en las cuales se funde.

El azogue tiene un color blanco brillante, parecido al de la plata.

No hay minas de azogue, y sólo se han encontrado en algunas gotitas sueltas de ese metal, pero nunca en cantidad bastante para que fuera productiva la explotación de dichas minas. Cuando tales casos raros se han presentado, ha sido por efecto de la descomposición del cinabrio que en ellos se halla. El azogue se saca del cinabrio; en cien partes de este mineral hay 10 de azogue.

Es el cinabrio de un color rojo obscuro, extraordinariamente pesado; se presenta en vetas ó filones ó bien diseminados por el terreno. El prototipo de los yacimientos de cinabrio en filones ó vetas lo tenemos en España en nuestras riquísimas minas de Almadén, que no obstante la continua exportación de que son objeto desde hace varios siglos, no hay en ellas señales de agotamiento y, por el contrario, pueden producir aún mineral por mucho tiempo.

No es sólo en España en donde el cinabrio se encuentra, sino que también lo hay en Toscana, en Argelia, en California y en algún punto de Francia, aunque en ninguno de esos sitios se presente con tanta abundancia como en Almadén.

Para sacar del cinabrio el azogue que contiene hay que tostarlo, y como aquel mineral es un sulfuro de mercurio, se separa el azufre del azogue, quedando éste libre. Tal es el procedimiento más comúnmente empleado, aunque también se obtiene el mismo resultado si se calienta el cinabrio con hierro.

Quando el azogue está frío no desprende vapores ó, al menos, no son apreciables, pero si se calienta á 20 ó 25 grados se ven entonces con mucha claridad.

Si el azogue es puro no se adhiere á las paredes de los recipientes de cristal ó de porcelana en que se le meta, mas no sucede lo mismo en el caso de que esté aleado con el plomo ó con otros metales.

Al aire libre se oxida con mucha lentitud; si se le somete á una temperatura de 40 grados bajo cero se solidifica, y á los 350 grados hierve.

Aunque muchos crean que el azogue sólo sirve para hacer termómetros y otros aparatos por el estilo, y para fijado sobre un cristal convertirlo en espejo, es lo cierto que tiene una grandísima importancia en medicina, y hay alguna enfermedad para la cual es el único remedio hasta hoy conocido.

Debe añadirse, sin embargo, que hay que utilizarlo con gran cuidado, pues es un veneno muy activo y produce profundas perturbaciones en el organismo humano.

Buena prueba de ello y de lo peligroso que es su manejo, está en las víctimas que produce entre los obreros que se ocupan en la extracción del cinabrio y de la preparación de este mineral para separar de él el azogue. Los desgraciados mineros sufren un verdadero envenenamiento, cuyos primeros síntomas son la pesadez de estómago, los desarreglos del corazón y las perturbaciones gástricas é intestinales. Una vez que el mercurio ha penetrado en el organismo, la sangre pierde su color y se empobrece; á éste siguen otros fenómenos cada vez más alarmantes, y se produce un temblor característico, de donde viene la frase «temblar como un azogado».

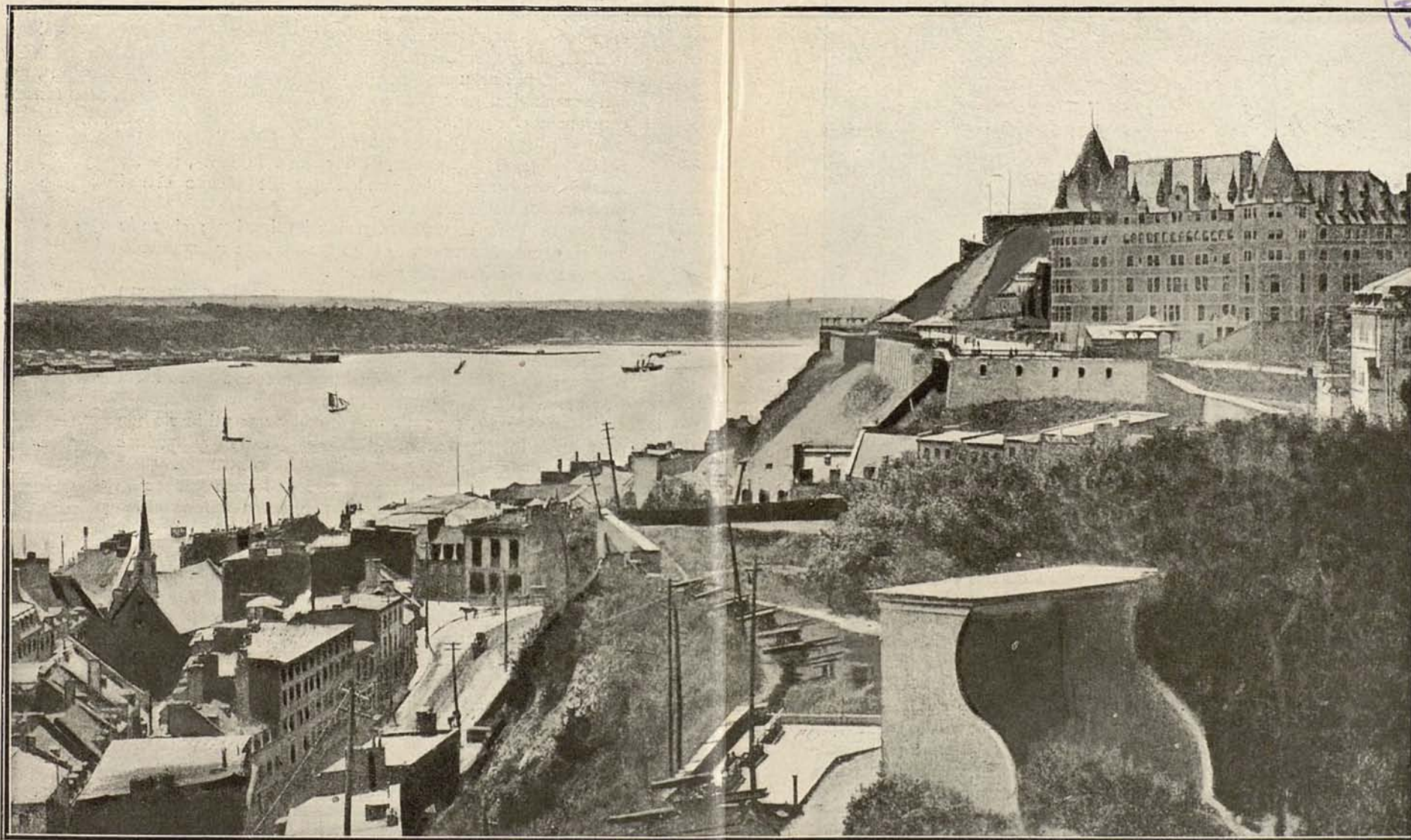
El Estado, dueño de las minas de Almadén, ha tratado de recompensar á los obreros que en ellas trabajan y á sus familias por las enfermedades que su labor les produce y por su muerte prematura, y ha creado pensiones que disfrutan después de cierto tiempo de servicio en la mina.

Como medicamento, el mercurio adopta mil formas distintas, según los cuerpos con los cuales se le mezcla ó combina, y las más conocidas y de uso más vulgar son el sublimado corrosivo, que se emplea para lavar las heridas, y los calomelanos, usados como purgante.



TERMÓMETRO
DE MERCURIO

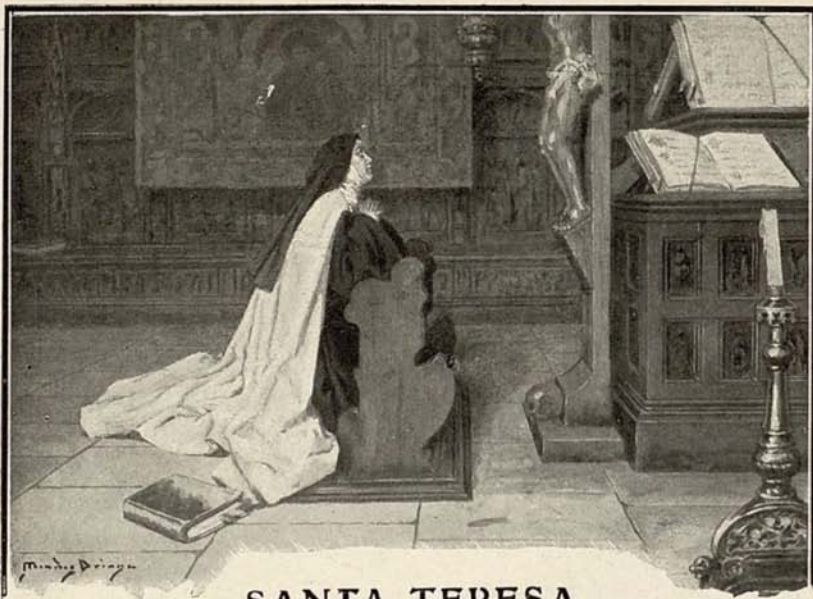
JUAN ANTON.



QUEBEC

La ciudad del Canadá, Quebec, á la que los ingleses llaman el *Gibraltar de América*, fué fundada en 1608 por el explorador francés Champlain, encantado de la posición, sobre la altura que domina el río de San Lorenzo. Durante el siglo XVIII se la disputaron franceses é ingleses, y éstos se hicieron dueños de ella en 1759. Sus bellos y raros edificios se apiñan y es-

trechan siguiendo la margen del río, y parecen colgados de las vertientes de la montaña, rodeados de macizas murallas y fuertes defensas que de batería en batería se elevan hasta la famosa ciudadela que corona la cima. La ciudad se divide en dos partes: la baja, que sigue la orilla del río, y la alta, que ocupa la cumbre hasta una altura de 2.500 pies sobre el nivel del mar.



SANTA TERESA

Aun cuando Santa Teresa no figurase en el catálogo de los santos, los títulos de aquella mujer admirable á la veneración del mundo, y muy particularmente de los españoles, serán indiscutibles.

Como dice elegantemente Blanca de los Ríos, Teresa de Jesús es la santa nacional por excelencia. La mitad del alma de nuestra raza y del genio de nuestra lengua está en las páginas diamantinas de Cervantes, y la otra mitad, en las páginas de fuego de Teresa de Jesús.

Descendiente de la antigua familia de los Cepedas, nació Teresa en Avila, en el año 1515. Su imaginación brillantísima la llevó á aficionarse en su infancia de lo romántico y caballeresco, y sus confesores, los PP. Ribera y Gracián, cuentan que la Santa escribió siendo niña, con la ayuda de su hermano Rodrigo, un libro de Caballerías, que admiró á cuantos lo leyeron.

De joven, según propia declaración, gustó de llevar elegantes galas y de parecer bien á la gente. Púsola su padre D. Alfonso en el convento de Santa María de Gracia, y ella mostrábase entonces enemiga de ser monja; pero no tardó en vislumbrar las dulzuras de la vida interior y contemplativa y preferirla á las dichas de la vida mundana. Habiendo enfermado, volvió á su casa, y, cuando su salud se restableció, entró monja en el convento de la Encarnación de Avila, profesando en la orden del Carmelo en el año 1534. Allí no tardó la vida de la Santa en constituir una asombrosa mezcla de prácticas religiosas, enfermedades extraordinarias, visiones sobrenaturales, éxtasis de divino amor, peregrinaciones y viajes para reforma de los monasterios de la orden y creación de otros nuevos. La reforma introducida por Santa

Teresa en los Carmelitas de España, fué adoptada por la mayor parte de los del mundo entero. En veinte años fundó 17 conventos de monjas y 15 de frailes, con el concurso de San Juan de la Cruz.

La Academia Española considera los escritos de Santa Teresa como hermosos monumentos de la lengua castellana. *La vida de la Santa*, escrita por ella misma; *Las constituciones*, el libro de las *Fundaciones*, *Exclamaciones de un alma á su Dios*, *El método para visitar los conventos*, *El camino de perfección*, *Las moradas* y sus *Cartas* son obras en que resplandece, dentro de la llaneza y lisura de un estilo natural, el vigor de un espíritu soberano.

Las altas prendas que adornaron su personalidad insigne no fueron parte á evitarla persecuciones é injusticias de sus contemporáneos. Arrojada del convento de Valladolid y después del de Medina del Campo, la pobre anciana, descalza y moribunda, padeció hambre por los caminos de Castilla, y ya exánime llegó á Alba de Tormes, donde falleció en 29 de Septiembre de 1582.

Confesada, recibió el Viático y falleció en brazos de Ana de Jesús. Su cuerpo fué enterrado en Alba de Tormes, con grandes precauciones para evitar un robo. Fué exhumado en 25 de Noviembre de 1585, y dejando allí un brazo fué llevado el resto del cuerpo á Avila, donde se colocó en la sala capitular, pero obedeciendo á un mandato del Papa, fué llevado otra vez á Alba y se le encontró incorrupto. En el año 1598 se elevó un sepulcro; en el de 1616 se colocó el cuerpo en la capilla Nueva, y en 1670 se puso en una urna de plata, hallándose incorrupto todavía.

El pontífice Urbano VIII la declaró en 1627 patrona de España, y la dió el título de *doctora de la Iglesia*, no concedido á ninguna otra mujer.

La Iglesia Católica celebra la fiesta de esta gran santa española el día 15 de Octubre.



ÚLTIMA PEREGRINACIÓN DE SANTA TERESA



LA MUÑECA

POESIA DE MANUEL DEL PALACIO

- Regalo de sus padres
en venturoso día,
una gentil muñeca
vi en brazos de una niña.
¡Con qué placer jugaba
con ella á las visitas,
dándola el mejor sitio
en lecho, alfombra y silla!
Los mil juguetes que antes
formaban su delicia,
tirados por el suelo
en confusión yacían,
á riesgo de que el gato,
que ayer les tuvo envidia,
con ellos adornara
rincones y buhardillas.
Mas ¡ay! todo es mudable
y efímero en la vida;

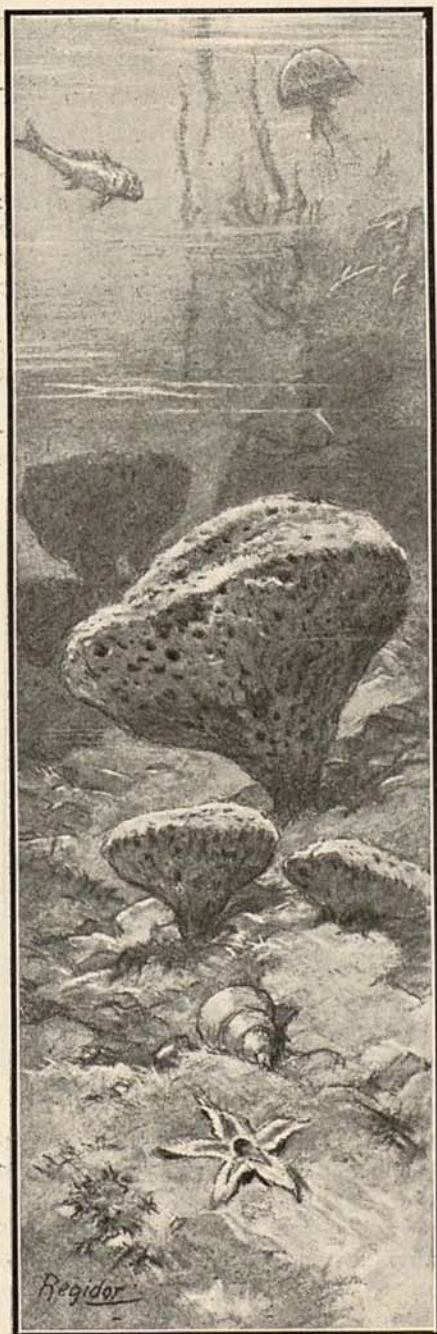
el tiempo y el capricho
construyen sobre ruinas.
Un día fué que, airada,
llevando la perfidia
hasta rasgar su seno
con las tijeras mismas
que usaba para hacerle
vestidos y camisas,
á la infeliz muñeca
abandonó la niña,
después de que tratada
cual bárbara enemiga,
sin joyas y sin rizos,
sin flores y sin cintas,
de algo deforme y sucio
despojo parecía.
Buscó de nuevo entonces
en arcas nada limpias
las galas y juguetes
que desechó entre risas,
y al ver los unos rotos,
las otras desteñidas,
y en todos el recuerdo
de muertas alegrías,
lloró con la amargura
de las primeras cuitas,
que si aún no son pesares,
acaso los inician.

¿Verdad que es triste el cuento?
Pues de lección te sirva.
¿Qué son las ilusiones
que nuestra infancia animan?
Las glorias y los sueños,
¿qué son, mi dulce amiga?
Muñecas que arrojamos
con lástima ó con ira
cuando al festín del mundo
los años nos invitan.
¡Dichoso aquél que enteros
conserva y acaricia
ensueños y juguetes
de la niñez tranquila,
y sin romperlos nunca,
en ellos simboliza
feliz ó desgraciada
la historia de su vida!



LA ESPONJA

Manolito, de pie en un pequeño baño, dejaba que su madre le limpiara el cuerpo con una suave y fina esponja, no sin protestar con gritos y lloriqueos cuando la materna mano apretaba más de lo conveniente á su natural poco sufrido. En vano apeló su madre á las promesas y á las amenazas para que el rapaz se estuviera quieto y tranquilo, pues no parecía sino que el agua, al bañar su cuerpo, le hacía cosquillas en la epidermis promoviéndole á continuo desasosiego. Para que se calmara un poco fué preciso que la madre despertara su curiosidad contándole, menudos lectores, la historia de un bicho inverosímil, tan inverosímil que más parecía parto de una loca fantasía que ser real y verdadero. Figuraos que le habló de un animal que se pasa la vida pegado á una roca submarina, que no tiene patas, ni cabeza, ni oídos, ni ojos, y que sólo está formado por una especie de bola cubierta de una materia gelatinosa, en la cual se dice que radica toda su vitalidad. Como si esto fuera poco para despertar la admiración del chiquillo, añadió su madre que el tal bicho no se queja, ni aun se estremece por más que se le desgarre ó se le atormente con el hierro y con el fuego, y que sólo se alimenta sorbiendo agua por unos agujeros y expeliéndola luego por otros, viviendo así años y años hasta que los



hombres le pescan, bien descendiendo á los peñascales del fondo del mar, á usanza de los buzos, ó bien arrancándole con tridentes de su natural asiento. Al llegar á este punto, Manolito, sumamente intrigado, no pudo callar más, y dijo:

—¿Le pescan acaso para comérselo...?

—No, hijo mío, de ninguna manera—le respondió su madre.—Después de pescado le despojan, lavándole, de todas las inmundicias que contiene, le extraen las sales calizas, le quitan el mal olor que saca al salir del mar, le remojan en agua acidulada y, realizadas todas estas operaciones, he aquí, hijo mío, lo que resulta, he aquí el bicho que tanto te maravilla...

—Pero ¡cómo, mamá...! ¿Es la esponja...?—exclamó el rapaz al ver ante sus narices el chorreante y amarillento rizópodo que parecía llorar por sus mil agujeros.

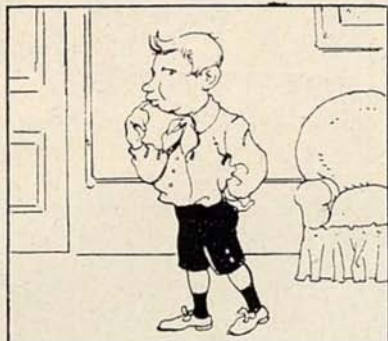
—Sí, hijo mío, la esponja—le contestó su madre.—¿Y ves la facilidad con que absorbe el agua limpia y la suelta sobre la suciedad y la



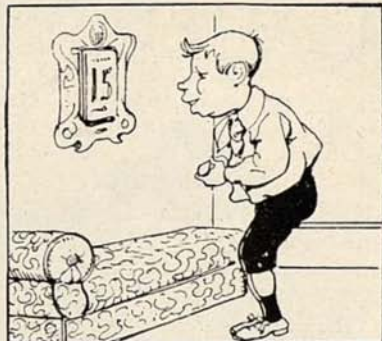
mugre para raelas del cuerpo? Pues así debes procurar que tu entendimiento sea como una esponja para que, sumergido en la educación, en la enseñanza y en todo lo bueno, se empape de ello y lo vierta á raudales en tu cerebro, limpiándolo así de las inmundas costras y de la nauseabunda mugre que sobre los ineducados extiende la ignorancia...

José A. LUENGO.

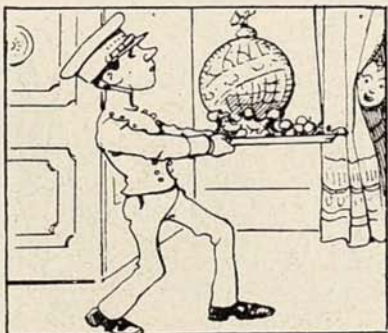
GATO ESCALDADO



Carlos era tan goloso que cuando no tenía otra cosa mejor que chupar, se entretenía chupándose el dedo.



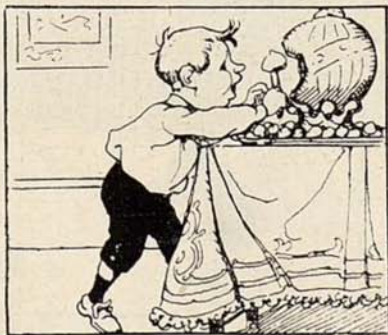
Un día, mirando el calendario, exclamó lleno de júbilo: «¡Mañana es el santo de papá y habrá muchos dulces!»



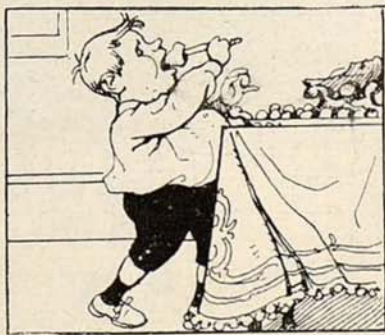
Y, en efecto, trajeron una tarta que representaba el globo terráqueo sobre un Océano de dulces finos.



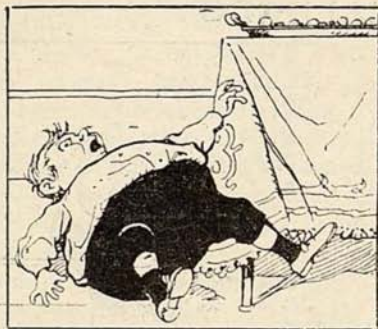
Se vió solo Carlitos ante el deliciosísimo globo, y sintió el invencible y deleitoso vértigo de la golosina.



Sin poderse contener, y armado de cuchillo, metióse valientemente con la vieja Europa.



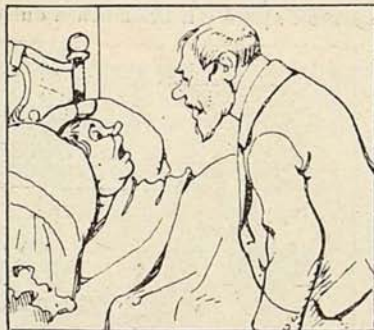
Poco a poco fue viendo desaparecer la tierra hasta quedar solamente un dulce trozo del ardiente polo.



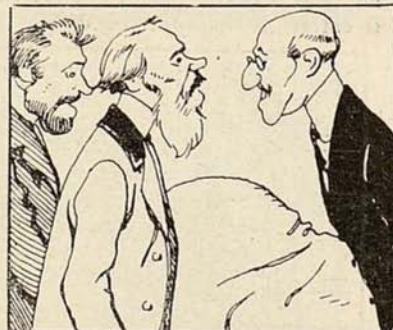
Por fin, la esfera entera pisó al estómago del glotón Carlitos, que cayó al suelo sin poderse valer.



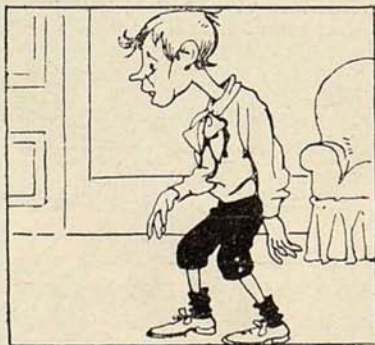
Llevado á la cama, sus desolados padres contemplan horrorizados al abultado goloso.



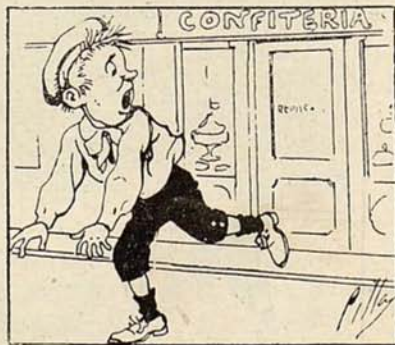
Le ve detenidamente el doctor Tisana, y advirtiendo la gravedad del caso, pide consulta.



Reunidos los doctores Ricino, Carabaña y Calomelano, determinan inmediatamente hacer cada uno lo suyo.



Quince días después se levanta Carlitos tan desmedrado y flacucho que era imposible conocerle.



Desde entonces, cuando pasa por delante de una confitería huye como alma que lleva el demonio